

# **Hay amores que matan**



**Llorenç Guilera**

HAY AMORES QUE MATAN:  
CRIMEN EN EL SUPER LOVE HOTEL.

© Llorenç Guilera Agüera, julio de 2022

ISBN: 9789403756684

Editor: Independently published

Episodio núm. 4 de las  
Aventuras del inspector Robert Gálvez

## Reflexiones previas

El amor es algo poderoso. Es difícil de alcanzar, efímero y enigmático, y puede impulsarte a hacer un montón de errores. Te puede hundir en profundidades a las que jamás habías pensado que pudieras llegar y te puede elevar a alturas a las que ni se te había ocurrido que pudieras ascender. Te enseñará lo peor y lo mejor de ti mismo. El amor puede hacerte caer en la ignominia o puede poner de manifiesto tu nobleza.

*El club del amanecer, Don Winslow.*

El amor posesivo no es verdadero amor. Es simple egoísmo.

*El autor*



# Capítulo 1 -Tragedia en el hotel del amor

*Barcelona, Hotel Super Love. Martes 6 de junio de 2017.*

17:30.

El servicio de emergencias ha canalizado el aviso a la Comisaría de *Mossos d'esquadra de Gràcia* y el inspector Robert Gálvez acude a la escena del crimen acompañado de dos especialistas de la unidad técnica.

El Hotel Super Love, en una calle cerca de la Plaza Gala Placidia, es un clásico hotel de parejas de la ciudad. Es la reconversión a hotel *Super Love (adults only)* de un antiguo y reputado *mueblé* de la época franquista, cuando las parejas no acreditadas con un libro de familia se tenían que refugiar en aquellos establecimientos tolerados.

Les recibe el gerente del establecimiento y les conduce a la habitación escenario del crimen.

—No han tocado nada, supongo —inquire el inspector.

—Nada en absoluto. Cuando el recepcionista ha oído los disparos, ha acudido inmediatamente a abrir la habitación con la llave maestra y, cuando ha visto lo que ha ocurrido, les ha llamado a ustedes urgentemente.

Les abre la puerta y aparece a los ojos de los presentes la escena de la tragedia.

La cama está manchada con un inmenso lago de sangre en su lado izquierdo y caído en el suelo está el cuerpo desnudo de una mujer joven, con los ojos salidos de sus cuencas y reventada de heridas sangrantes en su pecho y su vientre. En el lado derecho de la habitación, apoyado contra la pared y retorcido sobre sí mismo, está el cuerpo, vestido tan solo con calzoncillos y cubierto de sangre, de un hombre joven con la evidencia de dos heridas de bala en el pecho y una pistola empuñada en su mano derecha.

Robert observa que hay huellas de pisadas impregnadas de sangre que van desde delante del cuerpo de la mujer al lado del hombre y a la salida de la habitación

—¿Estas pisadas son del recepcionista?

—En efecto —le contesta el gerente—. El hombre quiso comprobar si estaban vivos y se podía hacer algo.

Robert se dirige a uno de los agentes.

—Ve a tomarle los datos y la foto de la suela de sus zapatos al recepcionista y avísale que nos espere a que le tomemos declaración.

—Dirigiéndose al gerente—: Nos prepara ya mismo la lista de todos los clientes que están ocupando todas las habitaciones en este momento. Y les avisa a todos por teléfono interior que no pueden salir, que ha habido un crimen y que la policía tiene que hablar primero con todos ellos. ¿Me pasa las identidades de los fallecidos?

—Por supuesto. Aquí las tiene.

En aquel momento llega el forense. Saluda al inspector mientras se protege con bolsas plásticas la cabeza, los pies y las manos para no contaminar la escena.

—¿Cómo lo ves, Robert?

—A primera vista parece un típico asesinato machista, de los que están tristemente de moda.

» Matan a la mujer porque no toleran que pueda irse con otro y luego se suicidan cuando ven la barbaridad que acaban de hacer. Pero vamos a estudiar a fondo todos los detalles.

—Por supuesto, como haces siempre. ¿Sabes si el juez de guardia va a tardar mucho en venir?

—Bueno, yo le he pedido que nos diera media hora para poder hacer a fondo el examen de la escena del crimen.

—Me parece perfecto. Aquí la hora y la causa de las muertes las vas a tener muy claras, porque muchos testigos oyeron los disparos.

—Okey, pero no me ahorrará el tener que hacer la autopsia.

—Cierto.

Mientras los policías de la unidad científica empiezan con parsimonia su minuciosa y exhaustiva búsqueda de huellas e indicios biológicos, el inspector aprovecha para desplazarse a tomar declaración al recepcionista.

El hombre está muy alterado y sudoroso de ansiedad mientras se apretuja las manos de manera nerviosa.

—¿Qué hora era cuando oyó los disparos?

—Miré el reloj por puro reflejo y eran las 17:05.

—¿Cuántos disparos oyó?

El hombre repasa su memoria para asegurarse.

—Cuatro.

—¿Con que intervalos de tiempo?

Vuelve a recordar antes de contestar.

—Los dos primeros fueron seguidos y después de unos pocos segundos los otros dos.

—¿Qué hizo al oír los disparos?

—No tenía claro si procedían de la habitación 23 o de las de al lado. Llamé por el teléfono a la 23 y al ver que nadie me contestaba, fui rápidamente allí con la llave maestra y me encontré con el horror que usted ya ha visto.

—Hemos detectado que dejó usted sus pisadas manchadas de sangre cuando se acercó a los dos cadáveres para ver si todavía respiraban. ¿Los tocó?

El recepcionista da un respingo de incomodidad antes de contestar.

—No. No los toqué. Solo me acerqué para ver si estaban vivos y podía ayudarlos. Quería saber si tenía que llamar a una ambulancia o no.

Robert no le menciona que ha contaminado la escena del crimen porque comprende que ningún recepcionista de ningún hotel del país ha recibido la más mínima formación para atender con los oportunos criterios criminalísticos este tipo de incidencias.

—¿Quiénes más tienen llave maestra de las habitaciones?

—Las mujeres de la limpieza.

—¿Nadie más? Los botones, o como les llaméis a los que acompañan a las parejas en sus entradas y salidas, ¿no tienen llave maestra?

El recepcionista niega con la cabeza.

—No. Les doy la tarjeta magnética de la habitación que toca en cada caso. Y estas tarjetas no se las quedan los clientes porque tienen prohibido salir de su habitación sin el control discrecional nuestro. Tenemos la obligación de preservar su intimidad y lo cumplimos. A los clientes se les avisa siempre, cuando entran, de que para salir tienen que pedir a recepción que los vayan a buscar y los acompañen.

—Pero las habitaciones no quedan cerradas con llave por dentro, ¿verdad? Los clientes podrían salir si lo quisieran.

—¡Claro! Por razones de seguridad no podemos dejarlos encerrados. Imagínese lo que ocurriría si hubiera un incendio y ellos estuvieran encerrados en sus habitaciones. Pero ellos son los primeros interesados en no salir sin el camarero para no toparse con ojos indiscretos.

Robert sabe, desde muchos años atrás, que en los pasillos hay pequeños cubículos de escondite provisional, estratégicamente ubicados, para ocultar las parejas si se produce un cruce de clientes que entran con clientes que salen. Y recuerda que, en el parking, los coches están en boxes individuales con cortinas que los ocultan a los ojos de los restantes visitantes.

—Sin embargo, si un cliente quisiera darse un garbeo chismoso por los pasillos, podría hacerlo. ¿Es así?

—Nadie viene aquí con estas intenciones —replica el recepcionista—. Y si detectamos que son paparazzi camuflados de pareja de enamorados para cazar una exclusiva de algún famosillo, ya no les damos entrada.